

RESEÑAS

SALAZAR RINCÓN, JAVIER: *El mundo social del «Quijote»*, Madrid, Gredos, 1986, 336 págs.

«Intentar decir algo nuevo acerca del *Quijote* (...) parece, a primera vista, un esfuerzo condenado al fracaso.» Con estas palabras comienza Javier Salazar Rincón la Introducción de su libro, y las mismas nos traen a la memoria otras de José Martí, cuando afirmaba que todo estaba dicho ya, pero que las cosas eran nuevas cada vez que eran sinceras. Quizá resida en la sinceridad la mayor virtud de *El mundo social del «Quijote»*; estudio de mediana extensión, apoyado, sin embargo, en cerca de un millar de citas —muchas de ellas de considerable extensión— que jamás abruma al lector porque no se trata de postizos seudoeruditos sino de valiosos indicadores científicos y literarios.

Avalado en su versión final por el prestigioso Premio Rivadeneira de la Real Academia Española, *El mundo social del «Quijote»* fue originariamente una tesis doctoral, que se leyó en la Universidad Complutense de Madrid en 1977, y que tuvo sus comienzos cinco años antes, cuando la sociología literaria estaba conociendo

momentos de esplendor, que se ven pronto nublados ante la avalancha de estudios que intentan aclarar los múltiples y recónditos significados de obras de creación desde perspectivas llamadas sociológicas o históricas o seudomarxistas, pero que a veces sólo encerraban ignorancia y atrevimiento.

El tema elegido por Javier Salazar —o por Alonso Zamora Vicente, que dirigió la tesis— contaba ya con las aportaciones de Morel-Fatio (quien supo ver en 1895 la relación entre la condición social del hidalgo y la afición a los libros de caballerías y, sobre todo, el énfasis que Cervantes puso en el contenido social) o el excelente estudio de Julio Puyol Alonso (*Estado social que refleja el Quijote*, Madrid, 1905) o los ensayos cervantinos de Américo Castro (rectificados por él mismo después de la guerra civil española), sin olvidar las aportaciones sustantivas de José Antonio Maravall, o la superficial de J. Arco y Garay, o la interpretación marxista de Ludovik Osterc.

Javier Salazar intenta explicar el *Quijote* desde la historia social. En este sentido, las investigaciones de Antonio Domínguez Ortiz, Noël Salomon, José Antonio Maravall, J. H. Elliot, Maxime Chevalier y Pierre Villar, le son fundamentales. Añadamos

a ellas las *Relaciones histórico-geográficas-estadísticas de los pueblos de España, ordenadas por Felipe II* y editadas por C. Viñas Mey y R. Paz, más los estudios de Rodríguez Marín, y habremos citado gran parte de los cimientos de la obra de Salazar Rincón.

«La Jerarquía nobiliaria: Grandes, Títulos, Señores de vasallos» es el título del primer capítulo, donde se ocupa el autor de mostrarnos el funcionamiento de esos compartimentos nobiliarios desde tres ángulos: el histórico (generalmente, basado en las *Relaciones* y documentos del tiempo), el histórico-crítico (enjuiciado por los moralistas) y el literario (con muchos ejemplos ajenos al *Quijote*). Resulta sumamente eficaz este método, pues así vemos en seguida cómo era el código, cómo funcionaba y cómo se reflejaba en la obra. Paradójicamente, el protagonista de gran parte del capítulo es Sancho, pero la paradoja desaparece si pensamos que es fundamental el papel jugado por el escudero en su relación con los Duques y como Gobernador de Barataria. Por otra parte, certero análisis de la ostentación y su expresión visible y pública de las diferencias sociales. En ésta se incluyen desde los banquetes a la indumentaria, número de sirvientes, vehículos, caza mayor, juegos de azar.

«Caballeros, hidalgos, escuderos.» La definición y actuación de los mismos, tanto en la vida real como en la ficción cervantina, constituyen el segundo capítulo del estudio que comentamos. Especialmente interesante es la nítida distinción entre «caballeros» e «hidalgos» (págs. 89 y ss.). Sobre estos últimos, conviene recordar que de los 2.500 que aparecen citados en las *Relaciones*, sólo doce vivían de su trabajo. En cuanto a don Quijote, la tesis de Salazar postula una locura aparente: la nostalgia de la edad dorada que embarga al perso-

naje, su propósito de defender a los débiles y miserables, coinciden con el testimonio y los inicios de autores perfectamente serios y respetados en su época. Recordemos también que a España llegaban rumores americanos, y que nadie tomaba por locos a aquellos alucinados que buscaban El Dorado.

Resulta iluminadora la imbricación de los estudios sobre la vida rural en el siglo XVI con el comportamiento de los campesinos cervantinos y el del famoso escudero, materia que ocupa el capítulo III. Si parece claro que la raigambre folclórica de Sancho es indudable, Javier Salazar demuestra por su parte la singularidad individual de un personaje perteneciente a una clase social que formaba el ochenta por ciento aproximadamente de la población total. Los labriegos, en su mayor parte, no sabían leer ni escribir, de ahí la riqueza de la literatura oral y del refranero, que tan bien conocía Sancho. El autor nos da una visión muy completa de la vida rural: gastronomía, vestidos, diversiones, entre las que ocupan un lugar destacado las representaciones. Pero el declive de esta clase trae aparejado el incremento de la mendicidad y de la prostitución. Si en el capítulo anterior estudió la participación de los hidalgos rurales en la conquista de América, en éste trata de la aportación de los labriegos, que sucedieron a aquéllos. Además, participa también esta clase en las guerras europeas, en contra de la opinión del Duque de Alba, que en 1567 pedía al Rey «introducir caballeros y gentes de bien en la Infantería, y no dejarla toda en poder de labradores y lacayos». Y en el *Quijote* canta un mancebo: «A la guerra me lleva mi necesidad; si tuviera dineros no fuera, en verdad.» Imaginemos qué podría pensar un noble al oír esta canción. Indudablemente, la escala de va-

lores se había subvertido. Asimismo, dentro de este capítulo encontramos una buena descripción de la cuestión morisca, y de los moriscos en la novelesca cervantina (págs. 201 y ss.).

Había en la clase rural, lógicamente, labradores ricos, aunque la burguesía de los primeros años del siglo XVI agonizaba. El villano rico—salvo raras excepciones— deseaba ser noble.

«Honor y limpieza de sangre» es la materia que ocupa el capítulo IV. Buena distinción entre honor y honra, apoyándose en trabajos fundamentales. *Poder, honor y élites*, de José Antonio Maravall, es guía de buena parte del capítulo. En la concepción caballeresca del honor se destacan tres cualidades: la riqueza y la liberalidad, la valentía y el arrojo, la veracidad y el fiel cumplimiento de la palabra dada, cualidades que adornan a nuestro héroe, exceptuando naturalmente la que no dependía de él. Javier Salazar estudia minuciosamente todos los signos y comportamientos del caballero: armas, tratamiento, duelo, etc.

El capítulo V—«*El Quijote*, parodia y lección»— encauza los anteriores a las conclusiones. En la última década del siglo XVI, la ruina de los negocios se une a la peste, malas cosechas, hambre, bancarrota real, retrasos de la flota americana. Todo nos muestra un país devastado. La Corona intenta encontrar en la venta de títulos una fuente de ingresos. Se extiende la fiebre nobiliaria. Aunque fue Pierre Vilar el primero que relacionó el *Memoirel* de Cellorigo (1600), en el que se denunciaba el prurito nobiliario, con los escritos cervantinos, Javier Salazar insiste en ello, aunque se apresura a afirmar que el sentido de una novela tan compleja no puede quedar agotado ahí, pues el mismo autor nos recuerda la afirmación ortegiana: El

Quijote es y debe seguir siendo un genial equívoco, aunque Salazar Rincón se atreve a una definición: «la novela cervantina nos parece la historia de un *engaño*, que a través de sucesivas derrotas, desilusiones y fracasos, se transforma en un patético y aleccionador *desengaño*».

Espléndida obra la que hemos reseñado, que debería rectificar algunos desplazamientos de fechas en próximas ediciones (por ejemplo, la obra de Arco y Garay aparece datada de manera diferente en las páginas 12 y 134). Pero son erratas de menor cuantía.

VICENTE GRANADOS

ARELLANO, IGNACIO: *Poesía satírica burlesca de Quevedo*. Pamplona, Ediciones Universidad de Navarra, 1984, 577 págs.

La bibliografía sobre Quevedo, uno de los mejores escritores de nuestra historia literaria, es bastante numerosa como corresponde a su calidad y cantidad. Pero por ser una obra tan riquísima y compleja quedan todavía muchos flecos sueltos para aclararla, analizarla y, por ende, valorarla en sus vertientes denotativas y connotativas.

El voluminoso estudio de Ignacio Arellano es un paso (un gran paso) más en la dilucidación tanto textual como literaria de una parcela quevediana: la poesía satírica (tanto las «sátiras graves de expresión elevada y sin fines risibles» como las de «intención de censura moral y estilo burlesco») y la poesía burlesca (la que parece falta de intención crítica o moral, atenta «únicamente al *delectare* y a la diversión risible que procede del alarde estilístico»).

El libro, producto de la tesis doctoral leída por Arellano en 1983 en la